



VI

FELICIA RUYS

Y vuestro hijo, Jenkins, ¿qué se ha hecho?... ¿Cómo es que no se le ve nunca en vuestra casa?... Era un chico simpático.

Y diciendo esto en aquel tono de sequedad desdeñosa que empleaba casi siempre para con el irlandés, Felicia trabajaba en el busto del Nabab que acababa de comenzar, arreglaba el modelo, dejaba y volvía á tomar el pabillo, secaba los dedos en la esponjilla, mientras la luz y la tranquilidad de una hermosa tarde de domingo se cernían al través de la rotonda acristalada del taller. Felicia «recibía» los domingos, si recibir es dejar la puerta abier-

ta y que entren, salgan, tomen asiento un momento los visitantes, sin dejar por ello el comenzado trabajo ni interrumpir siquiera, para saludar al que llega, la discusión pendiente. Había allí artistas, cabezas vivarachas, barbas rutilantes, con alguno que otro vellón blanco de antiguos románticos amigos de Ruys padre; y con ellos un sin fin de aficionados, hombres de mundo, banqueros, corredores, y tal cual mozalbete que iba, más que por el arte, por la artista, y para poder decir en el club por la noche: «Hoy he estado en casa de Felicia.» Confundido entre ellos, callado, absorto en una admiración que le iba ganando el alma paso á paso, Pablo de Géry se esforzaba en encontrar la clave de aquella gentil esfinge cubierta de cachemira roja y de guipures, que tallaba briosamente el barro, con un delantal de bruñidora hasta cerca del cuello, del cual surgía la cabeza pequeña y altiva, con esos tonos transparentes, esos vislumbres de rayos velados con que el genio y la inspiración colorean los rostros privilegiados. Pablo conservaba fijo en su mente lo que de ella había oído decir, procuraba formarse una opinión propia, jurando cada domingo no volver, y no faltando al domingo siguiente. Figuraba también allí invariablemente, siempre en el mismo sitio, una mujercita de cabello canoso y empolvado, ceñido por una toquilla el sonrosado rostro, pastel un tanto descolorido por los años, que á la discreta luz de una ventana sonreía dulcemente. Jenkins, amable siempre, con su cara bonachona, sus ojos negros y su aire de apóstol, iba del uno al otro, de todos conocido y amado de todos. Tampoco él faltaba á ninguno de los días de Felicia; y no era poca ciertamente la paciencia que desplegaba siendo como eran para él, y para él tan sólo, los sofiones de la artista y de la hermosa. Como si nada notase, seguía visitando á la hija de su viejo Ruys, de aquel á quien tanto había amado y cuidado hasta el postrer momento.

Esta vez, con todo, la pregunta que acababa de dirigirle Felicia acerca de su hijo le pareció por todo extremo desagradable, y con verdadero fruncimiento de cejas, con expresión real de mal humor, contestó, dijo:

—¿Qué se ha hecho de él? pues á fe que estoy tan ente-



rado como vos... Nos ha abandonado por completo... Con nosotros se fastidiaba... prefiere su bohemia...

Felicia dió un salto que dejó sobresaltados á todos, y con los ojos inflamados, los labios temblorosos:

—Esto no se puede aguantar... En suma, Jenkins, ¿qué es lo que entendéis por la bohemia?... Palabra encantadora, entre paréntesis, que habría de evocar largas correrías errantes en pleno sol, las primicias de las frutas y de las fuentes cogidas al azar del camino... Mas ya que de semejante idilio hacéis vos una injuria, un estigma, vamos á ver: ¿á quién se la aplicáis?... ¿á cuatro pobres diablos con melena, enamorados de la independencia andrajosa, que revientan de hambre en un rincón de buhardilla mirando el azul de demasiado cerca, ó huroneando consonantes bajo un miserable techo lleno de goteras; á esos cuantos locos, menos en número cada día, que por horror al clisé, á lo tradicional, á lo bestial de la vida, han saltado á pie juntillas á su margen?... La muletilla de siempre. La bohemia de Murger con el hospital por contera; el coco de los niños, salvaguardia de los padres de familia; la caperuza roja que los lobos se comieron... Señor mío, á otro perro con ese hueso... Hoy sabéis perfectamente que los artistas son la gente más conforme que hay bajo la capa del sol; sabéis que ganan dinero, que pagan sus deudas, y se las componen lo mejor que pueden para parecerse á todo el mundo... No faltan, sin embargo, bohemos verdaderos; antes abundan hoy más que nunca, pero es entre vosotros donde se encuentran... ¡Oh, santo cielo! y que no llevan contraseña aparente, ni inspiran desconfianza á nadie: pero por lo incierto, por lo flotante de su existencia, nada tienen que envidiar á esos que con tanto énfasis llaman ellos unos «irregulares...» ¡Ah! si se viesen las torpezas, las historias fantásticas, ¿por qué no monstruosas? que se esconden á veces debajo de un traje de etiqueta! Mirad, Jenkins, la otra noche, en vuestros salones, me entretenía en pasar revista á todos esos aventureros de la alta...

La viejecita sonrosada y empolvada la interrumpió con dulzura desde su asiento.

—Felicia... cuidado.

Pero ella prosiguió sin hacer caso:

—Vamos á ver, doctor: ¿qué es más que un aventurero vuestro Monpavón? ¿Y Bois-l'Héry?... El mismo Mora, ¿qué es en definitiva?... Y...

Iba á decir: ¿y el Nabab? pero se contuvo.

—¡Y tantos otros! Sí, sí, bien hecho; os aconsejo que habléis con menosprecio de la bohemia... ¡Pero si vuestra clientela de médico de moda ¡oh sublime Jenkins! no se compone más que de esto! Bohemia de la industria, de la Bolsa, de la política: la escoria, la polilla de todas las castas, y cuanto más se sube más abunda, porque el rango de la impunidad y un puñado de monedas cierra muchas bocas.

Felicia hablaba con animación, en tono acre, con el labio contraído por un desdén feroz. El doctor se reía con falsa risita; y adoptando un tono condescendiente, ligero, decía: «¡Al loquilla... loquilla...» Y su mirada se volvía hacia el Nabab, como pidiéndole perdón por todas aquellas impertinencias paradójicas.

Jansoulet, empero, lejos de darse por ofendido, engreído como estaba de servir de modelo á tan sin igual artista, orgulloso de la honra que le reportaba, movía la cabeza en señal de asentimiento:

—Y razón que le sobra, Jenkins, dijo por fin; sí, y mucha. La verdadera bohemia somos nosotros. Aquí estoy yo, por ejemplo; ahí está Hemerlingue, dos ricachos de tomo y lomo de París. ¡Cuando pienso de qué manera empezamos! Hemerlingue, un excantinero de regimiento; yo, que para ganarme un pedazo de pan trajinaba sacos de trigo en el puerto de Marsella... Y las chiripas que han ido engordando nuestra fortuna, como engordan hoy todas... Y si no, ¡voto val!.. pasaos de tres á cinco por los pórticos de la Bolsa... Mas, perdonad, señorita; con mi manía de gesticular cuando hablo, se me ha ido al traste la postura... ¿Vamos á ver... así?

—¿Es inútil, dijo Felicia tirando el palillo con ademán de niña mimada. Hoy no haríamos nada.

Era en realidad la tal Felicia una muchacha bien rara. Verdadera hija de artista desarreglado y genial, comple



tamente, á la manera romántica, como Sebastián Ruys. No había conocido á su madre, fruto como era de uno de esos amores pasajeros que se metían de rondón en la vida de soltero del escultor como las golondrinas en una casa cuya puerta está franca siempre, y que volvían á salir al punto porque no encontraban dónde hacer nido.

Esta vez la golondrina, al emprender su vuelo, dejó al gran artista, que tendría á la sazón sus cuarenta, una hermosa niña, á la cual reconoció é hizo educar, y que llegó á ser la alegría, la pasión de su existencia. Hasta la edad de trece años Felicia había permanecido con su padre, amenizando con una nota suave é infantil aquel taller repleto de curiosos, de modelos, de corpulentos galgos tendidos de bruces por los divanes. Había en él un ángulo reservado para la niña, para sus ensayos de escultura, toda una instalación microscópica: y el viejo Ruys gritaba al ver entrar á alguien:

—No pases por ahí... Cuidado con desarreglarlo... es el rincón de la chiquilla...

De ahí que, á los diez años, apenas sabía leer, pero, en cambio, manejaba el palillo con destreza maravillosa. Ruys hubiera querido conservar siempre á su lado á aquella muchacha que no le estorbaba en lo más mínimo. Pero era conciencia el ver á la rapazuela bogando suelta por entre las maneras hartas libres, el continuo trasiego de modelos, las discusiones de un arte, por decirlo así, completamente físico, y aun por entre las ruidosas francachelas dominicales sentada en medio de cinco ó seis mujeres á quienes su padre tuteaba, actrices, bailarinas ó cantantes, y que, luego de haber comido, se echaban de codos en la mesa, su cigarro en la boca, regodeándose con las historietas escandalosas que hacían las delicias del dueño de la casa. Por fortuna, protege á la infancia cierto candor resistente, de tan bruñido esmalte que por él resbalan todas las inmundicias. Felicia se volvía alborotada, turbulenta, mal criada, pero virgen de cuanto cruzaba por encima de su alma á flor de tierra.

Cada año, el verano, iba á pasar una temporada con su madrina, Constanza Crenmitz, la Crenmitz mayor, á quien Europa entera había conocido durante tantos años

por «la ilustre bailarina,» y que vivía retirada es una casita de Fontainebleau.

La llegada del «diablillo» introducía en el hogar de la anciana bailarina una agitación pasajera, para reponerse de la cual le quedaba todo el resto del año. Los sustos que le daba la chicuela con sus atrevimientos en encaramarse por todas partes, en saltar, en montar á caballo; todos los arrebatos de su fogoso temperamento, le hacía tan deliciosa como terrible aquella estancia veraniega; deliciosa, porque idolatraba á Felicia; terrible, porque el diablillo revolvió todo sin compasión en su morada, decorada, aseada como su cuarto de la Ópera, y enriquecida con un museo de recuerdos fechados en todos los escenarios del mundo.

Constanza Crenmitz fué el único elemento femenino en la niñez de Felicia. Fútil, de escasos alcances, tenía á lo menos la coquetería del aseo, dedos ágiles que sabían coser, bordar, componer, imprimir en los rincones todos de una habitación su huella leve y minuciosa. Sólo á ella se le ocurrió enderezar aquel retoño bravío, y despertar discretamente la mujer en aquel ente raro en cuyos hombros los abrigo, las pieles, cuanto inventaba la moda de elegante, caían en pliegues acartonados ó se quebraban en inesperados cortes.

Ella fué también—cálculése si estaría abandonada aquella pobre niña—quien, triunfando del egoísmo paterno, obtuvo del escultor una separación indispensable al llegar Felicia á los doce ó trece años, y ella quien cargó con la responsabilidad de buscarle un colegio á propósito, colegio que adrede cuidó que fuese bien normal y de gente de su casa, situado en la parte alta de un barrio perfectamente oreado, en un grandioso edificio antiguo cercado de altos muros y de frondosos árboles, una especie de convento, sin el rigorismo ni el menosprecio de los estudios serios.

Muy al revés, las educandas del establecimiento de madama Belin trabajaban mucho, sin más salida que la de las principales festividades, ni otra comunicación con el exterior que la visita de la familia, los jueves, en un jardincito plantado de arbustos en flor ó en el espacioso lo-



cutorio. La primera entrada de Felicia en aquella casa semimonástica produjo cierto runrún; su traje, escogido por la bailarina austriaca; sus cabellos, que le caían en bucles hasta la cintura; su porte descaderado, le valieron por el momento cierta inquina; pero al fin era parisien-se, y, como tal, pronta á adaptarse á todas las situaciones y á todos los lugares. Pocos días después nadie vestía como ella el pequeño delantal negro, en el cual las más coquetas ponían su reloj, la falda lisa—prescripción dura y severa por aquellos tiempos en que la moda alargaba á las mujeres con una infinidad de volantes,—y el tocado de uniforme, cabellos lisos, partidos por el centro y recogidos cerca de la nuca á la manera de las campesinas romanas.

Por un fenómeno extraño, la asiduidad de las clases, su regularidad apacible cuadraron perfectamente á la naturaleza de Felicia, despejada y aguda, en quien la afición al estudio se templaba con una expansión juvenil á sus anchas en el alborotado buen humor de las horas de recreo. Pronto se hizo querer. Entre aquella porción de hijas de industriales pudientes, de notarios parisienses ó de hacendados nobles, pequeño mundo de buena cepa, un si es no es afectado, el nombre bien conocido del viejo Ruys, el respeto que París tributa á las reputaciones artísticas, valiéronle á Felicia un lugar aparte y muy distinguido, que hicieron más brillante todavía sus triunfos escolares, su raro talento de dibujante y su hermosura, esta superioridad que aun entre las muchachas logra imponerse.

En la atmósfera purificada del colegio Felicia sentía un placer extremado en feminizarse, en recuperar su sexo, en aprender un orden y una regularidad muy otros de los que le enseñara la amable bailarina, cuyos besos sabían todavía á colorette, y cuyas expansiones se traducían en contoneos no del todo naturales. Ruys se extasiaba, cada vez que iba á ver á su hija, al encontrarla más señorita, al verla entrar, andar, salir siempre de una pieza con aquella linda reverencia que hacía soñar á todas las colegialas de la señora Belin con el roce de una larga cola.

Al principio menudeaba sus visitas; pero luego, talto

de tiempo para todos los trabajos aceptados y emprendidos, cuyo pago anticipado cubría á duras penas los excesos de su desarreglado modo de vivir, fué acudiendo con menor puntualidad al locutorio. Sobrevino la enfermedad. Vencido por una anemia incurable, pasaba semanas enteras sin salir y aun sin trabajar. Quiso entonces recobrar á su hija, y desde el colegio, sombreado por una paz tan saludable, Felicia volvió á entrar en el taller de su padre, frecuentado por los comensales de siempre, turba de parásitos que sienta sus reales en torno de toda celebridad, entre los cuales había la enfermedad introducido un nuevo personaje: el doctor Jenkins.

El rostro campechano, el aire de franqueza, de serenidad, que respiraba en su persona aquel facultativo, ya renombrado á la sazón, que hablaba de su arte con tan poco respeto, y que sin embargo hacía curas milagrosas, los cuidados de que rodeaba á su padre, produjeron una gran impresión en la joven. No tardó Jenkins en ser el amigo, el confidente, un tutor vigilante y cariñoso. Cuando á veces, en el taller, alguien—comenzando por su padre—soltaba alguna palabra demasiado atrevida, un chiste algún tanto vidrioso, el irlandés fruncía el ceño, hacía chasquear la lengua, ó bien procuraba distraer la atención de Felicia. Muchas veces se la llevaba á su casa á pasar el día con la señorita Jenkins, esforzándose en impedir que volviese á ser el diablillo incivilizado de antes, ó algo peor todavía, lo cual era de temer dado el abandono moral, el peor de los abandonos, en que se la dejaba.

Pero la joven tenía, para su defensa, mejor aún que el ejemplo irreprochable y mundano de la bella señora de Jenkins, el arte en el cual adoraba, el entusiasmo con que éste ponía en revolución todo su sér, el sentimiento de la belleza, de la verdad, el cual, desde su cerebro reflexivo saturado de ideas, trascendía á sus dedos con una ligera convulsión de nervios, con un anhelo de la cosa hecha, de la imagen realizada. Pasaba los días enteros ocupada en su escultura; de ahí que no echase tanto de menos la austeridad del colegio Belin, resguardadora y ligera como el velo de una novicia sin votos, y que se



encontrase al abrigo de las conversaciones peligrosas, en que lo exclusivo de su preocupación ni le dejaba siquiera parar mientes.

Ruys se sentía orgulloso de aquel talento que crecía á su lado. Más abatido cada día, de lleno ya en aquella fase en que el artista se echa de menos á sí mismo, seguía á Felicia como si viese en ella el complemento final de su carrera. El palillo que temblaba en su mano era cogido al punto con una firmeza y una seguridad viriles, templadas por esa delicadeza natural que la mujer sabe aplicar á la realización de un arte. Singular sensación la de esta supervivencia del genio que abandona al que se va por el que viene, á la manera de esos hermosos pájaros domésticos que la víspera de una muerte dejan el techo amenazado para volar en busca de otra morada menos triste.

En la última época, Felicia, gran artista ya á pesar de sus pocos años, ejecutaba la mitad de los trabajos de su padre; y nada más encantador que aquella colaboración del padre y de la hija en un mismo taller, alrededor de un mismo grupo. No todo era, sin embargo, armonía. Discípula de su padre, Felicia sentía ya su personalidad rebelde á una dirección despótica. Tenía esas audacias de principiante, esas presencias del porvenir reservadas á los talentos jóvenes, y, contra la tradición romántica de Sebastián Ruys, una tendencia alrealismo moderno, una necesidad de clavar aquella antigua enseña de gloria en algún monumento nuevo.

Trabábanse entonces terribles disputas, polémicas acaloradas en que siempre salía vencido el padre, acorralado por la lógica de su hija, asustado al ver lo mucho que adelantan los noveles, mientras los viejos, que les han franqueado la barrera, permanecen inmóviles en el punto de partida. Cuando trabajaba para él, Felicia cedía con mayor facilidad; pero en tratándose de obras suyas propias, no transigía. Así, por ejemplo, el *Jugador de bolos*, la primera obra que expuso y que obtuvo tan gran éxito en el Salón de 1862, dió ocasión á escenas violentas entre los dos artistas, á controversias tan empeñadas, que Jenkins hubo de intervenir y asistir al envío del yeso que Ruys había amenazado con hacer añicos.

Fuera de estos pequeños dramas que no afectaban en lo más mínimo á los tiernos sentimientos de sus corazones, aquellos dos seres se adoraban con el presentimiento y, paso á paso, con la dura certidumbre de una separación próxima cuando de pronto acaeció en la vida de Felicia un horrible suceso. Un día, como tantos otros, Jenkins se la había llevado á comer á su casa. Su señora y su hijo se habían ausentado para un viaje de dos días; pero la edad del doctor y su intimidación casi paternal le autorizaban para tener en su compañía, aun en ausencia de su mujer, á aquella muchacha, cuyos quince años, los quince años de una judía de Oriente espléndida de belleza precoz, la hacían frisar aún en la infancia.

La comida fué alegre; Jenkins estuvo amable y cordial como siempre. Pasaron luego al despacho del doctor, cuando de pronto, sentados en el diván, á la mitad de una conversación íntima acerca de su padre, de su salud y de las obras que entrambos ejecutaban, Felicia sintió como el frío de un abismo entre ella y aquel hombre. Aparecióse en aquel punto un Jenkins desconocido, ebrio, balbuciente, con risa boba y manos ultrajantes. En la sorpresa, otra que no hubiese sido Felicia, una niña de su edad pero realmente inocente, hubiera estado perdida. Lo que á ella la salvó, pobre muchacha, fué precisamente el saber lo que sabía. ¡Había oído tantas cosas en la mesa de su padre! Y luego el arte, la vida de taller... En fin, que no era una ciega. Al punto comprendió lo que significaba aquella embestida; luchó, saltó, por fin, no sintiéndose bastante fuerte, se echó á gritar. Jenkins tuvo miedo, soltó la presa, y de súbito ella se encontró de pie, desasida y con él á sus plantas llorando, pidiendo perdón... Había cedido á un raptó de locura... ¡Era tan hermosa! ¡la quería tanto! Hacía meses que luchaba... Pero ya todo había acabado... Nunca más, ¡oh! nunca más... Ni aun atreverse á tocar el borde de su vestido... Ella no contestaba, temblaba, se arreglaba el cabello, el traje, con mano convulsa. Quería irse en seguida, sola. Jenkins a hizo acompañar por una criada, y al oído, en el momento de subir al carruaje, «Sobre todo ni una palabra... Mataríais á vuestro padre.» Conocíala tan á fondo, esta-



ba tan seguro de que con esta idea le cerraría los labios, ¡miserable! que al día siguiente volvió á su casa como si nada hubiese sucedido, campéchano como siempre y con su cara de hombre de bien. Efectivamente, ni á su padre ni á nadie dijo nunca una palabra de aquella escena. Pero á partir de aquel día operóse en ella un cambio, como una relajación de su carácter arrogante. Tuvo caprichos, ratos de hastío, una contracción de desdén en su sonrisa, y á veces, contra su padre, cóleras instantáneas, una mirada de desprecio que le reprochaba el no haber sabido velar por ella.

—¿Qué es lo que tiene? decía Ruys; y Jenkins, con su autoridad de médico, lo atribuía á la edad y á alguna perturbación física. Por su parte evitaba dirigir la palabra á la joven, contando con el tiempo para desvanecer la siniestra impresión, y no desesperando todavía de alcanzar lo que quería; porque seguía queriendo, entonces más que nunca, presa de un furioso amor de hombre de cuarenta y siete años, de una pasión incurable de edad madura: castigo merecido de aquel hipócrita... Ese singular estado de su hija fué un verdadero pesar para el escultor, pero fué un pesar que duró poco. De repente Ruys se extinguió, se desplomó de un solo golpe, como todos los que medicaba el irlandés. Su postrera palabra fué: «Jenkins, os recomiendo mi hija.»

Eran tan irónicamente lúgubres estas palabras, que Jenkins, presente á la agonía, se sintió palidecer...

Felicia quedó más estupefacta que dolorida. Al asombro de la muerte, que no había contemplado nunca, y que se ofrecía á sus ojos en unas facciones tan queridas, se unía el sentimiento de una soledad inmensa cercada de tinieblas y de peligros.

Reuniéronse en consejo de familia unos cuantos amigos del escultor para deliberar acerca del destino de aquella infeliz muchacha sin padres y sin fortuna. Cincuenta francos fueron todo lo que se encontró en el cofrecillo donde Sebastián guardaba su dinero. Ninguna otra herencia, por lo menos en metálico: únicamente un mobiliario de arte y de curiosidad de los más suntuosos, algunos cuadros de precio, y unos cuantos créditos dise-

minados que apenas bastarían á cubrir sus innumerables deudas. Hablóse de organizar una venta. Felicia, consultada, respondió que tanto le importaba que vendiesen como que no; pero, por Dios, que la dejaran tranquila.

La venta, con todo, no se efectuó, merced á la madrina, á la buena Crennitz, á quien vieron comparecer de repente, tranquila y apacible como de costumbre.

—No lo creas, hija mía, no vendas nada. Tu vieja Constanza tiene mil francos de renta que guardaba para ti. Los tendrás desde luego. Viviremos juntas aquí mismo. Ya verás cómo no soy muy pesada. Tú te ocuparás en tu escultura, yo cuidaré de la casa. ¿Te parece bien?

Lo decía con tanta ternura, con ese ceceo infantil de los extranjeros cuando hablan en francés, que la joven se conmovió profundamente. Su corazón petrificado se abrió; lágrimas ardientes brotaron de sus ojos, y se arrojó, mejor, se abismó en los brazos de la anciana bailarina.

—¡Ah, madrina! cuán buena eres; sí, sí, no me dejes... Quédate siempre á mi lado... La vida me da miedo y asco... ¡Hay tanta hipocresía, tanta falacia!

Y la anciana se arregló un nido delicioso en aquella morada parecida á campamento de viajeros cargados de tesoros de todos los países, estableciéndose la vida en común entre aquellos dos caracteres tan distintos.

No era por cierto poco sacrificio el que hacía Constanza por su caro diablillo al abandonar por París, al cual tenía horror, su retiro de Fontainebleau.

Desde el día en que la bailarina de extravagantes caprichos, por entre cuyos dedos tantos millones se escurrieran, había tratado de entrar otra vez en la vida normal y de administrar sus escasas rentas y el exiguo tren de su casa, había visto envuelta en un cúmulo de explotaciones descaradas, de abusos nada difíciles, con su inexperiencia. Una vez en casa de Felicia, su responsabilidad subió de punto á causa del derroche instalado de antiguo por el padre y continuado por la hija, dos artistas nada aficionados al ahorro. El taller se le hacía insoportable con su vaho permanente de tabaco, con la nube, impenetrable para ella, en que se envolvían las discusiones sobre arte, las teorías más descabelladas, fluctuan-



tes y esplendorosos torbellinos que acababan infaliblemente por darle jaqueca. Lo que la apuraba principalmente eran las agudezas. En su calidad de extranjera, de antigua deidad del salón de descanso de las bailarinas, nutrida de requiebros añejos, de galanterías á lo Dorat, quedábase en ayunas casi siempre, y se espeluznaba al oír las frenéticas exageraciones, las paradojas de aquellos parisienses refinados por la libertad del taller.

Á ella, que no había tenido otra agudeza que la ligereza de sus pies, aquella jerga la intimidaba, la reducía á la condición de simple ama de llaves; y al ver á la amable viejecita, silenciosa y risueña, instalada junto á la transparente rotonda, haciendo calceta como una manestralla de Chardin, ó subiendo apresuradamente, con la cocinera al lado, por la larga calle de Chaillot donde estaba establecido el mercado más próximo, nadie imaginara que aquella mujer hubiese tenido un día á reyes, príncipes, magnates y banqueros rendidos por el amor á los caprichos de sus pasos de punta y de sus bailables.

París está lleno de esas estrellas apagadas, caídas otra vez entre el vulgo.

Algunos de esos ilustres, de esos triunfadores de otros tiempos, conservan cierto despecho en el fondo de su corazón; otros, al revés, saborean con toda beatitud su pasado, no pidiendo más que reposo, silencio, sombra á cuyo abrigo recogerse y recordar, de tal suerte que, cuando fallecen, extraña el saber que aún vivían.

Constanza Crenmitz era de estos últimos. No cabe imaginar una familia más curiosa que la que constituían aquellas dos artistas, tan niñas la una como la otra, poniendo en común la inexperiencia y la ambición; la tranquilidad de un destino cumplido y la fiebre de una vida en el hervor de la lucha, todas las diferencias, visibles hasta en el porte tranquilo de la anciana, blanca como rosa desteñida, en cuyos vestidos de telas claras parecía reflejarse aún el resplandor de la bengala, y en aquella morena de líneas correctas, cuya belleza se envolvía casi siempre en telas oscuras, de pliegues sobrios, que le daban á modo de un sello de virilidad.

Lo imprevisto, el capricho, la ignorancia de las cosas

más insignificantes engendraban en los recursos de aquella familia un desorden extremado que no se remediaba muchas veces sino á fuerza de privaciones, de despidos de criados, de reformas que por lo exageradas daban risa. Durante una de esas crisis, Jenkins había hecho ofertas veladas, discretas, que Felicia rechazó con aspereza.

—Haces mal, le decía Constanza, en aporrear de tal manera á ese pobre doctor. Al fin y al cabo lo que ha hecho no tiene nada de ofensivo. Es antiguo amigo de tu padre.

—¿Él amigo de nadie?... ¡Vaya un hipócrita!

Y Felicia, pudiendo apenas disimular, traducía su rencor en ironía, parodiaba á Jenkins, su aire marrullero, la mano sobre el corazón; luego, hinchando los carrillos, con voz hueca, rebosando en falaces efusiones:

—Seamos humanos, seamos buenos... El bien sin esperanza... ¡ahí está todo!

Constanza, aun sin querer, se moría de risa: tal era el parecido.

—No le hace, eres para con él demasiado dura... Acabaré por no venir.

—Sí, ya... contestaba la joven moviendo la cabeza.

Con efecto, volvía siempre, melindroso, amable, disimulando su pasión, colmando de atenciones á la exbailarina, á la cual no disgustaba del todo á pesar de su melosidad y que reconocía en él á un hombre de sus buenos tiempos, de aquellos tiempos en que al acercarse á una mujer lo primero que se hacía era besarle la mano y echar una florecilla á la belleza de su semblante.

Una mañana Jenkins se presentó á la hora de su visita y encontró á Constanza sola en la antecámara.

—Ya lo veís, doctor, estoy de guardia.

—¿Y cómo es ello?

—Nada, Felicia está trabajando. No quiere que la distraigan, y como los criados son tan torpes, vigilo yo.

Y viendo que el irlandés se dirigía hacia el taller,

—No, no, no entréis... dijo. Me ha recomendado que no deje pasar absolutamente á nadie.

—¿Ni á mí?

—Os lo suplico... Me reñiría.

Jenkins iba á retirarse, cuando una carcajada de Felicia



que se oyó al través de los cortinajes le llamó la atención.

—¿De modo que no está sola?

—No, está el Nabab... Tienen sesión... para el retrato.

—¿Y á qué viene tanto misterio?... Es bien raro...

Y echó á andar ¡de arriba abajo de la pieza, furioso, aunque conteniéndose.

Por fin estalló.

Era una inconveniencia inaudita permitir que una joven se encerrase sola con un hombre de aquella manera.

Le parecía imposible que una mujer tan formal como Constanza, y que se tomaba tanto interés por ella... ¿Qué diría la gente?

La anciana le miraba con estupor. ¡Como si Felicia fuese una joven como las demás! Y al fin, ¿qué peligro corría con el Nabab, un hombre tan formal, tan feo? Por otra parte, Jenkins sabía que Felicia no pedía consejo á nadie y que obraba á medida de su voluntad.

—No, no, imposible, no he de tolerarlo; dijo el irlandés.

Y sin hacer caso de la bailarina, que levantaba los brazos al cielo como para tomarle por testigo de lo que iba á suceder, se dirigió hacia el taller; pero en vez de penetrar en él de sopetón entreabrió la puerta poco á poco y apartó un extremo del tapiz, el cual le dejó ver una parte de la pieza, la parte precisamente en que estaba el Nabab, por cierto á buena distancia.

Jansoulet, sentado, sin corbata, con el chaleco desabrochado, hablaba á media voz, con agitación. Felicia le contestaba con cuchicheos retozones. La sesión estaba muy animada... Luego silencio, crujido de faldas, y la artista, acercándose á él familiarmente, le bajaba el cuello de la camisa y deslizaba su mano por aquella piel curtida.

Aquella máscara etíope, cuyos músculos se estremecían en la embriaguez del bienestar, con sus largas cejas caídas de fiera adormecida á la cual se arrulla; la atrevida silueta de la joven inclinada hacia aquel extraño rostro para medir sus proporciones; luego un gesto violento, irresistible, zarpando al vuelo la delicada mano y aplicándola á los gruesos labios: Jenkins vió todo esto como en la rojiza instantaneidad de un relámpago...

Al ruido que hizo al entrar los dos personajes recobra-

ron sus respectivas posiciones, y á la intensa luz que deslumbraba sus ojos de gato en acecho vió á la joven erguida frente á él, indignada, estupefacta: «¿Quién hay? ¿Quién es el que es atreve?» y el Nabab en el estrado, desabrochado el cuello, petrificado, monumental.

Jenkins, algo corrido, asustado de su mismo atrevimiento, balbuceó algunas excusas. Tenía que participar á M. Jansoulet una cosa muy urgente, una noticia de importancia y que no consentía dilación alguna... «Sabía por buen conducto que habría reparto de cruces el 16 de marzo.» Las facciones del Nabab, contraídas por un momento, se dilataron como por encanto.

—¡Ah! ¿de veras?

Y abandonó su postura... La cosa valía la pena; ¡qué diablo! La emperatriz había encargado á Mr. de La Perrière, jefe del gabinete, una visita al asilo de Bethleem. Jenkins venía en busca del Nabab para llevarle á las Tullerías y quedar en el día. Esta visita, para él, era la cruz.

—Vamos, querido doctor; estoy á vuestras órdenes.

Ya no le pesaba que Jenkins se hubiese presentado en momento tan intempestivo, y anudaba febrilmente su corbata, olvidando por la nueva emoción el desconcierto anterior, pues la ambición privaba en él sobre todo.

Mientras los dos hombres hablaban así á media voz, Felicia, inmóvil delante de ellos, hirviendo en cólera, fruncidos los labios por el desprecio, les miraba de hito en hito como diciendo: «Y bien, ¿no hay nadie aquí?»

Jansoulet se excusó de tener que interrumpir la sesión. Felicia sonrió con lástima.

—No importa... ahora puedo trabajar sin modelo.

—¡Oh! dijo el doctor, sí, la obra está casi terminada.

Y añadió con aire inteligente:

—Bonito busto.

Y después de este cumplido procuró esquivarse con la cabeza baja pero Felicia le dijo imperiosamente:

—Quedaos... necesito hablaros.

En la mirada que le dirigió comprendió Jenkins que era preciso ceder, so pena de un estallido.

—Con permiso, querido... La señorita necesita hablar-



me... Mi cupé está en la puerta... Subid, que voy al punto.

Vuelto á cerrar el taller, y al ruido de aquel andar pesado que se alejaba, miráronse entrambos frente á frente.

—Es menester que estéis loco ó ebrio para permitir una cosa como la que acabáis de hacer. ¿Cómo os atrevéis á entrar cuando yo no quiero recibir?... ¿Á qué esta violencia? ¿con qué derecho?...

—Con el derecho que da la pasión desesperada.

—Silencio; proferís palabras que yo no quiero oír... Os dejo venir aquí por lástima, por costumbre, porque mi padre os quería. Pero no me volváis á hablar de vuestro... amor—esta palabra la dijo muy quedo, como una mala palabra,—ó no volveréis á verme, aun cuando deba morir para librarme de una vez de vuestra persecución.

Un niño cogido infraganti no baja la cabeza con más humildad que Jenkins al contestar:

—Sí... He faltado... Un momento de locura, de ceguedad. Pero ¿por qué os complacéis en martirizarme así?

—Sí, ¡lo que yo pienso en vos!..

—Que penséis ó no en mí, ello es cierto que yo estoy siempre aquí, que veo lo que pasa, y que vuestra coquetaría me hace más daño del que podéis imaginar.

Felicia sintió que se le subía la sangre á la cara.

—¡Yo coqueta! y ¿con quién?, exclamó.

—Con esto... dijo Jenkins mostrando el busto soberbio. La artista se echó á reír.

—El Nabab... ¡qué disparate!

—No disimuléis... ¿Os figuráis acaso que soy ciego, que no comprendo todos vuestros manejos? Permanecéis sola con él largos ratos... Hace un instante yo estaba allí... Os veía...—y bajaba la voz como si le faltase el aliento...— ¿Qué es, pues, lo que os proponéis, mujer extraña y cruel? Os he visto rechazar á los más hermosos, á los más notables, á los más grandes. Ahí está el barbilindo de Géry que os devora con la vista, y vos como si tal cosa. El duque de Mora mismo no ha logrado rendir vuestro corazón. Y llega éste, que es horrible, que es vulgar, que ni se acordaba de vos, que piensa en todo menos en el amor... ¿Habéis visto cómo se ha ido?... ¿Cuál es, pues, vuestro intento? ¿qué es lo que aguardáis de él?

—Quiero que se case conmigo. ¿Estáis satisfecho?

Y con toda frialdad, en tono más suavizado, como si semejante confianza le hubiese acercado á aquel á quien tanto despreciaba, se puso á detallar sus motivos. La vida que llevaba no tendría salida. Tenía afición al lujo, al derroche; hábitos desordenados que no sabía vencer y que arrastrarían fatalmente á la miseria á ella y á la buena Crenmitz, la cual se dejaba arruinar sin abrir la boca. Dentro de tres, de cuatro años, todo acabaría. Y entonces las trampas, las deudas, los harapos y el andar en chancleta de los artistas pobres. Ó bien el amante, el explotador, esto es, la servidumbre y la infamia.

—Pero vamos á ver, dijo Jenkins... ¿Y yo? ¿no me tenéis siempre á mí?

—Todo antes que vos, repuso ella irguiéndose... No, lo que necesito, lo que yo quiero, es un marido que me defienda de los demás y de mí misma; que me guarde de una porción de cosas negras de que yo misma me espanto cuando me aburro; de los abismos en cuyo fondo siento que puedo precipitarme: alguien que me ame mientras trabajo, y sustituya á mi pobre viejecita, cuyas fuerzas se agotan... Este me conviene, y desde que le conocí pienso en él. Es feo, pero tiene cara de bondad; además es inmensamente rico, y la fortuna, cuando es como la suya, ha de ser una cosa divertida... ¡Oh! Lo comprendo. Habrá en su vida alguna tacha que le habrá dado buena suerte. Tanto oro no puede haber sido acuñado por la honradez... Pero vamos á ver, Jenkins, poneos la mano en el corazón, en ese corazón que invocáis con tanta frecuencia: ¿creéis que pueda yo ser una esposa muy tentadora para un hombre de bien? Y si no... decidme: de todos estos que solicitan el venir aquí como un privilegio, ¿cuántos han pensado en mi mano? ni uno tan sólo. De Géry, lo mismo que los demás... Seduzco, pero doy miedo... Y se comprende... ¿Qué es lo que se puede esperar de una muchacha criada como lo he sido yo, sin madre, sin familia, revuelta entre los modelos, entre las queridas de mi padre?... Y qué queridas ¡santo cielo!... Y por único protector á Jenkins... ¡Oh! cuando pienso...

Y del fondo de estas memorias ya lejanas iban surgiendo recuerdos que subían de tono su cólera.



—Sí, ¡acabemos! Nací de una aventura, y sólo me sienta bien por marido un aventurero como éste.

—Cuando menos, aguardaréis á que quede viudo; contestó Jenkins tranquilamente... Y en este caso corréis el peligro de tener que aguardar mucho, porque su Levantina, á lo que parece, goza de una salud inmejorable.

Felicia Ruys se puso blanca como la cera.

—¿Está casado?

—Casado, sí, y padre de un batallón de chiquillos: hace dos días que ha desembarcado toda la tribu en peso.

Felicia quedó aterrada por un instante, mirando en el vacío, con una convulsión en las mejillas.

Frente por frente á ella, la ancha mascarilla del Nabab con su nariz remachada, su boca bonachona y sensual, respiraba vida y verdad en los reflejos de la arcilla. La artista la contempló un instante; luego dió un paso, y con un gesto de repulsión arrojó al suelo, con su peana y todo, el bloque reluciente y graso, que cayó aplastado, hecho un montón de lodo.



VII

JANSOULHT EN SU CASA

CASADO lo estaba hacia doce años, pero no se lo había dicho á ninguno de los de su camarilla parisiense por una costumbre oriental, el silencio que guardan con respecto al gineceo las gentes de aquellos países. De repente se supo que iba á venir la señora, y que tenían que arreglarse habitaciones para ella, los niños y las criadas. El Nabab alquiló todo el cuarto segundo de su casa de la plaza Vendôme. Ensancháronse las caballerizas y duplicóse el personal; luego, un día, cocheros y carruajes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LECIA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO